

EL

ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena. Liberata Montells y Garcia. Mayor 21. Madrid y Provincias, correspondientes de la casa de Saavedra.

SEGUNDA EPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24. Fuera de ella, trimestre 30.

Miércoles 11 de Julio.

El Eco de Cartagena

EL MONASTERIO DE PIEDRA EN ARAGON.

LA GRUTA DE LOS MUERTOS.

LEYENDA. (1)

Mientras los monges estaban construyendo el monasterio de Piedra, tuvo lugar una furiosa avenida del río, que inundó los valles, y al retirarse las aguas, se vió que en algunos puntos había abierto nuevos y profundos cauces. Los monges y los obreros empleados en los trabajos, obedeciendo á una curiosidad muy natural, salieron á recorrer las orillas, y expresaban su amargo duelo al contemplar varios objetos, bancos, camas, cunas, enclavadas entre gran les rocas y colosales troncos, la cual segura de los terribles estragos producidos por la incontrastable furia de las aguas, en los pueblos y caseríos situados desde la tierra de Molina hasta el monasterio.

Sabiendo por las mesetas de las cascadas un hermano converso y un monge, fijó este su atención en una gruta que jamás había sospechado que existiese, como que por encima de ella había visto siempre saltar el río, y dijo á su compañero:

—Observe, hermano, qué gallarda aparece la entrada de esta nueva gruta, y qué gala de primorosas y delicadas labores la embellece. Pensar que para que podamos admirarla ha sido preciso este gran trastorno, cosa es que aflige y desconcieta. Si el río no hubiera cambiado de lecho, ¿cuándo ni cómo habiéramos admirado tanta hermosura!

—Subamos, si es posible, dijo el converso: —cuidado, Padre, que está resbaladiza la roca.

Entró el lego, más ágil que el reverendo, y como si algo extraordinario le hubiese sorprendido, echóse atrás y exclamó:

—¡Dios mio, aquí hay dos cada veres!

—Serán dos víctimas de la inundación. ¡Pobrecito! Dios los haya perdonado. Ayúdeme á subir, hermano.

Entró á su vez el monge, y convencióse al punto de su error, puesto que encontró dos esqueletos; pero ¡cosa singular! no estaban formados de huesos, sino de dura piedra un tanto amarillenta.

Divulgóse la noticia y acudieron á la gruta no solo todos los monges, sino mucha gente de los pueblos comarcanos. Quien decía que eran dos estatuas, y apoyaban su aserto en la insólita pesadumbre de los cadáveres; quien iba á entender que se había obrado allí algún diabólico encantamiento; todas las opiniones hasta las más absurdas, encontraban quien las sustentase y quienes las aceptasen como buenas, sencillas y racionales. Iban á trasladar los esqueletos humanos ó estatuas, de la gruta de Ntra. Señ. de Piedra Vieja, cuando llegó un anacoreta octogenario, que vivía en una ermita haciendo penitencia, lejos del trato de los hombres, y se atribuyó el misterio, refiriendo una historia, que mejor ó peor contada, es en sustancia la siguiente:

Años ántes, [no se sabe cuántos] de la fundación del monasterio de Piedra vivía en el castillo de Malavella un caballero llamado D. Arnaldo, que atesoraba las más nobles cualidades, con todos los defectos que parecían vinculados en la alta raza de los señores feudales. Era espléndido y liberal, valeroso hasta la temeridad, orgulloso y tenaz hasta el punto de que no había esfuerzo humano capaz de disuadirle después de tomada una resolución.

Habíase casado con la hermana del castellano de Somed, con la cual había vivido en paz y gracia de Dios muchos años sin anuncios siquiera de sucesión. Frisaba ya con los sesenta (aunque conservaba el vigor y energía de sus mejores tiempos) cuando le entró un ardiente deseo

de dejar un heredero directo de su nombre, y como su noble esposa no le había otorgado (bien contra su voluntad por cierto) tan codiciada ventura resolvió repudiarla. ¡Era aquel, acaso, el verdadero motivo que impulsaba á D. Arnaldo? Creían algunos que sí; mientras otros le atribuían solo el valor de un pretexto, que servía de disfraz á una violenta pasión, que había inspirado en el sexagenario caballero una doncella, hija de uno de sus vasallos, la cual sin ser un dechado de hermosura, reunía todos los encantos de la seducción.

D. Arnaldo resolvió llevar adelante sus propósitos, sin que fueran parte á cambiar, ni aun á suspender su resolución las lágrimas de su esposa, ni las prudentes amonestaciones de su segundo hermano, quien entre otras razones, le puso ante los ojos el escándalo que produciría entre los buenos la noticia de su divorcio, y añadió que no le impulsaba á hablar así el logro de una herencia, que espas y otras cosas daría gozoso, porque don Arnaldo desistiese de su empeño; además de que como clérigo que era, tenía en poca ó ninguna estima los bienes de este mundo, vanos por su naturaleza y perecederos.

—Es mi gusto, y déjese el clérigo de sermones, contestó D. Arnaldo, don Mencía no me ha dado sucesión.

—¿Y quién os responde de que la obengais en sus gomas nupcias? repuso el clérigo con viveza. Preciso es que no os oculte la verdad de lo que se dice. No falta quien asegure que una desordenada afición os impulsa á alejar de vuestro lado á doña Mencía.

La ira se pintó en el rostro de don Arnaldo.

—Supiera yo que alguno de mis vasallos lleva su prociadad hasta el extremo de querer penetrar mis intenciones, y no tardarías en verle colgado de las almenas del castillo. Por lo que á vos se refiere, cuanto más estrechamente puedo, osuego y os mando que dejéis lo que no os importa. Leed enhorabuena

na en vuestro breviario, y guardad vuestras homilias para mejor ocasión.

No hubo forma ni medio de evitar la gran desgracia.

La fiel esposa partió del castillo de Malavella con los ojos enjutos, no se sabe si porque se le habían secado las fuentes de las lágrimas ó porque en aquel supremo instante su orgullo herido se sobrepuso á su dolor, y con ella fueron el buen clérigo, que no quiso autorizar con su presencia los locos delirios del señor su hermano, y la nodriza de doña Mencía, de rápida vanidad, que al salir del castillo pronunció extrañas frases, que entendiéron las servidoras de D. Arnaldo como una maldición contra este, por el ruin tratamiento que había inferido á la que amaba como si fuese hija de sus entrañas.

(Manuel Marco.)

(Se continuará.)

Misceláneas.

RUSIA.

Rusia es una nación de abuelos.

Su civilización es su sazón y su influencia civilizadora de gran cuenta.

El ruso del Norte vive errante entre sus desierto de hielo, sin una aldea de la nación á que esté sujeto.

Háblarle al japonés y al samodeyo de Moscow ó San Petersburgo, es hablarle un idioma que apenas sabe.

El japonés ruso lleva su tienda, sus renos y su familia á donde quiera que va, y aquello es su patria.

Si tiene alguna idea de ella, la tiene por los puertos de Arkangel y el Onega.

Cuando se acerca á estos puntos, es cuando verdaderamente es súbdito del czar.

En la parte mas meridional de la Laponia rusa se van ya levantando algunas aldeas.

[1] Copiada de la obra de Leandro Fornet.